

DEL COLEGIO A LA UNIVERSIDAD: UNA TRANSICIÓN PROBLEMÁTICA

Enrique Mencos Mendizábal
Departamento de Matemática

Con cierta frecuencia han sido publicados en la prensa escrita artículos que comentaban la problemática que enfrentan los estudiantes de primer ingreso en la Universidad de San Carlos de Guatemala. La situación descrita invitaba a la polémica, ya que, por un lado las autoridades encargadas del proceso de admisión de los estudiantes afirmaban que los resultados en las pruebas de diagnóstico eran desastrosos, lo cual forzaba a la institución a poner requisitos de admisión más estrictos; y por otro lado los representantes de la asociación de estudiantes sancarlistas alegaban que no se puede impedir a nadie el sagrado derecho a inscribirse libremente en dicha universidad.

Lo que ocurría, y sigue ocurriendo, es que desde hace más o menos 15 años los graduados del nivel medio vienen presentando serias deficiencias en sus habilidades matemáticas y lingüísticas, lo cual es la causa fundamental de los altos porcentajes de repitencia de cursos y deserción que es común observar, no sólo en la Universidad de San Carlos, sino en las universidades privadas (sin embargo, de estas últimas nadie parece preocuparse y tampoco se publican estadísticas).

En los mencionados artículos abundaban las estadísticas, que servían de base para concluir que la mejor solución era crear cursos remediales, obligatorios para los estudiantes cuyos resultados en las pruebas de diagnóstico estuviesen por debajo del mínimo requerido. Recuerdo que en más de una ocasión se impartieron los cursos remediales, y al finalizar los resultados fueron desastrosos, de tal forma que la cantidad de aspirantes que lograban su admisión después de dicho proceso todavía era muy pequeña. A esto seguía otra vez la reacción de la asociación de estudiantes, invitando a la anarquía y a la rebelión. Y me parece que en algunas ocasiones los cursos quedaron inconclusos.

Para quienes ejercemos como docentes de los primeros cursos universitarios de matemática en las universidades privadas, no es un secreto lo mal preparados que salen de la escuela secundaria los graduados del nivel medio. Por lo tanto no nos

sorprenden los resultados que leemos en la prensa; es más, nos satisface que el problema al fin haya trascendido el ámbito puramente escolar, y que salga a la luz pública.

Ahondando más en el análisis del problema, cabe destacar que los graduados del nivel medio también presentan severas deficiencias en la habilidades relacionadas con la expresión oral y escrita, la comprensión de lectura y los hábitos de estudio. Y no debemos olvidar las actitudes, las cuales constituyen un importante sustrato a la hora de tratar de alcanzar logros en cualquier aspecto de la vida, no digamos en la consecución del éxito académico. En el caso que nos ocupa, es frecuente encontrar estudiantes que rechazan la matemática, conciente o inconcientemente, o por lo menos no la consideran su "opción número uno". Me parece que ello es provocado generalmente por frustraciones originadas en el sistema de enseñanza.

Esta última afirmación merece comentarios aparte: ¿Cómo es posible que el mismo sistema que ha sido diseñado para formar a los estudiantes, para transformarlos en mejores personas, sea el causante de frustraciones que conduzcan al rechazo hacia el estudio? Y si lo pensamos detenidamente, es inmoral cobrar por un servicio que no se presta, o se presta a medias. Si una institución educativa recibe a un estudiante y se compromete a formarlo, ¿por qué, después de 11 o más años, el estudiante apenas sabe leer, expresarse y aplicar la matemática básica? Más que una falta de responsabilidad de las instituciones, al no cumplir lo que ofrecen, concluyo que se trata de un fraude.

Como consecuencia de lo anterior, y a manera de respuesta, algunas o todas las universidades guatemaltecas ofrecen cursos de nivelación (en algunas son obligatorios y en otras no), tanto de matemática como de lenguaje, así como cursos o talleres relacionados con la adquisición de buenos hábitos de estudio, lectura rápida, redacción de informes, elaboración de horarios de estudio, automotivación para el estudio, etc.

Pareciera que las universidades, a falta de una reacción adecuada y a corto plazo de parte de los colegios e institutos, estuvieren tratando de resolver el problema por cuenta propia. Es decir, se pretende que durante unas pocas semanas durante el primer año de universidad los nuevos alumnos adquieran, o terminen de desarrollar, aquellas habilidades, conocimientos y actitudes fundamentales para tener éxito en el estudio; habilidades, conocimientos y actitudes, estos, que ya deberían tener desarrolladas en alto grado después de más de 11 años de educación formal, y luego de obtener un título o diploma que los acredita como bachilleres, peritos, secretarías, maestros y demás especialidades.

En este contexto vale la pena preguntarse ¿qué tan buenos pueden ser los resultados de los cursos y talleres remediales? No debemos olvidar que las deficiencias de los estudiantes se fueron produciendo paulatinamente, a lo largo de muchos años, así que tratar de corregirlas en unas pocas semanas, por medio de cursos o talleres intensivos, puede parecer demasiado optimista, e incluso contraproducente, porque someter a un estudiante a un bombardeo de principios, conceptos y procedimientos le puede producir más rechazo del que ya tiene hacia los cursos de matemática y lenguaje.

Así que mi punto de vista es muy claro: no estoy de acuerdo con los cursos y talleres remediales impartidos a toda velocidad, aunque en el diseño de los programas hayan participado expertos catedráticos y renombrados psicólogos.

Al observar esta situación, da la impresión de que las universidades, colegios e institutos no trabajan en coordinación. Las universidades se aprestan a corregir lo que aquellos no hicieron bien, o simplemente no hicieron. ¿No sería mejor que cada quien hiciera su parte, y la hiciera bien? Basándome en lo que he observado en otros países latinoamericanos presento a continuación dos posibles soluciones.

O se agrega un año a los estudios de secundaria, el cual estaría dedicado a adquirir formación preuniversitaria, o en la universidades se agrega un año de estudios preuniversitarios, el cual sería obligatorio para todo estudiante que no sobrepase los niveles mínimos en las pruebas de diagnóstico. No se trata de trasladar a la secundaria los contenidos ni los textos universitarios como tampoco de trasladar a la universidad la responsabilidad de enseñar al alumno a hablar, escribir y pensar en términos matemáticos elementales.

Claro está, para que cualquiera de dichas soluciones produzca buenos resultados es necesario que las universidades, los colegios y los institutos trabajen coordinadamente. En otras palabras, los programas, los textos y todo el conjunto de experiencias de aprendizaje que formen parte de los planes preuniversitarios, deben ser escogidos, evaluados y renovados pensando en lo que los estudiantes necesitaran para tener éxito al estudiar una carrera universitaria.